

NIETZSCHE EN EL DIVÁN. A PROPÓSITO DE LA NOVELA *EL DÍA QUE NIETZSCHE LLORÓ*, DE IRVING YALOM

Miguel Ángel Leal Menchaca

En el siguiente ensayo se abordará el análisis de la novela de Irving Yalom, “El día que Nietzsche lloró”. A partir de una reflexión literaria, se abordan algunas de las preocupaciones del filólogo y filósofo Federico Nietzsche. Para algunos este abordaje es heterodoxo porque obvia los arsenales analíticos de la filosofía tradicional pero, en contraparte, rescata esa ficción literaria que contiene, en su narrativa, el lado humano del protagonista. Este enfoque nos permite ver otro rostro del filósofo que anunció, desde finales del siglo XIX, la muerte de Dios.

Palabras clave: literatura, nihilismo, psicoanálisis, praxis creativa.

The following essay will address the analysis of Irving Yalom’s novel, “The Day Nietzsche Wept.” Based on a literary reflection, some of the concerns of the philologist and philosopher Friedrich Nietzsche are addressed. For some, this approach is heterodox because it ignores the analytical arsenals of traditional philosophy, but, on the other hand, it rescues that literary fiction that contains, in its narrative, the human side of the protagonist. This approach allows us to see another face of the philosopher who announced, since the end of the 19th century, the death of God.

Keywords: literature, nihilism, psychoanalysis, creative praxis.

UNA ADVERTENCIA NO PEDIDA. Muy a pesar de que no estudié filosofía, psicología, sociología ni historia, siempre me he sentido avasallado por estas disciplinas, pero he vivido victoriosamente el reconocimiento de que es un vasallaje fascinante. Estoy convencido de que son imprescindibles en el estudio de la condición humana, sobre todo porque se hermanan entre sí, a pesar de las oposiciones que presentan, mismas que son inherentes a su condición y sus trabajos. He asistido a disertaciones en las

cuales filósofos y psicólogos discuten sobre lo mismo y dicen lo mismo, pero con un discurso muy diferente, y estas diferencias no radican sólo en la conceptualización y el lenguaje, sino en apreciaciones de fondo, digamos en torno a esencias y sustancias que problematizan una actitud o un comportamiento. Esta aclaración de alguna manera me alivia de hablar de estas disciplinas y frente a ellas como un experto, pero mi actitud no justifica el hecho de no apoyarme en ellas, en la medida que me dan mi co-



Narrador y ensayista. Estudió Lengua y Literatura Hispánicas y la Maestría en Literatura Iberoamericana en la FFyL de la UNAM. Ha sido docente del Colegio de Bachilleres, la UAM y la UIA; profesor investigador de tiempo completo en la UACH. Colaborador de *Cantera Verde*, *El Baúl*, *Laberintos*, *La Revista del Colegio de Bachilleres*, *Revista Universidad de México* y *Utopía*.

nocimiento y práctica. Me conformo, sin humildad afirmarme como un trabajador artesanal que espera sacar provecho de cada una y en su conjunto para incorporarlas al quehacer de la literatura.

Yo sólo estudié y sigo estudiando literatura; vivo con la convicción de que ésta se encuentra en una relación inmanente a las disciplinas antes mencionadas y aun a otras, más bien diré, a todas aquellas que tengan como perspectiva frontal, la preocupación por el ser humano, tanto en su individualidad como en la vida que desarrolla en la sociedad. Me gustaría persuadir a los filósofos, psicólogos, sociólogos e historiadores para que inicien, nunca es demasiado tarde, sus estudios en torno a la literatura; que lean mucha poesía, cuento y, sobre todo, novela. De esta manera, no me cabe la menor duda de que aprenderán más acerca de su disciplina. Baste preguntar, a vuelo de pájaro, que Tanto le debe la filosofía a Voltaire, la psicología a Dostoievsky, la sociología a Víctor Hugo o la historia a nuestro Fernando del Paso. Si uno lee a Balzac o a Stendhal podrá entender las variantes de la personalidad humana ante hechos que aparentemente son naturales, como la depreciación de la mano de obra, el crecimiento exagerado del capital o la relación que éstos tiene con el suicidio. György Lukács afirma en un ensayo titulado "Relatividad Y Significado filosófico-histórico de la novela" que:

La novela es la forma de la virilidad madurada: su autor ha perdido la luminosa fe juvenil de toda poesía, «de que el destino y el alma sean nombres de un concepto»; y cuanto más dolorosa y profundamente está arraigada en la necesidad de oponer a la vida este credo esencialísimo de toda obra literaria como una exigencia, tanto más dolorosa y profundamente ha de aprender que sólo se trata de una exigencia y que no es una verdadera realidad.

Esto no quiere decir que la novela exprese de lleno y absolutamente una realidad plausible y tangible al lector, no es una promesa de entender sucesos que mejor podrían explicar la historia o conductas más cercanas a los estudios psicológicos; no obstante, la novela constituye una provocación al lector para que inicie otra búsqueda. Digamos, en el peor de los casos, una aventura lúdica que le permita entender situaciones patéticas y también felices. Más allá de la concepción de pasatiempo o entretenimiento que se le dio en los pasados siglos y que le ganó adjetivos descalificativos a granel.

Si bien las culturas positivista y funcionalista del siglo XIX encaminaron a la sociedad al pragmatismo y a la especialización del ser humano, y soslayaron, de alguna manera, el humanismo, arrinconándolo en el lugar de los trebejos que se visitan por curiosidad o aburrimiento, o simplemente socorridos en momentos de ociosidad o snobismo, pero que pueden resultar inmensamente aburridos para la dinámica de una sociedad que sólo tenía oídos a empresas que se consideran rentables. La del siglo XX, engreída por tantos inventos y descubrimientos, heredó despreocupadamente esa idea:

Mire usted, yo soy egresado de la pobreza, ahí me gradué con honores, pero ya no me inscribí en el posgrado. Ahora me voy a dedicar a actividades lucrativas selladas con la palabra inversión y con promesa de ganancias, perdóneme, pero eso del humanismo y el arte es para personas ociosas que no valoran su tiempo.

En este siglo, los sobrevivientes del pasado, podemos ver, no sin cierta tristeza el abandono casi total del humanismo, al que se considera como un estorbo o un lujo, incluso como una actitud o preferencia, como usted guste llamarla,

que se opone a la inteligencia: “Estudia filosofía, literatura o historia si tienes alguien que mantenga tus extravagancias, o mientras te casas o porque ya no quieres saber nada de las matemáticas”. “Es más, métete a esas carreras porque es necesario que nos ayudes a maquillar un poco la barbarie en que vivimos: el arte y la filosofía son buenos temas de conversación, sobre todo cuando ya tienes unas copas encima y esto te autoriza a decir lo que se te ocurra al respecto”, resumir el todo en una frase: “yo sólo sé que nada sé”; “caray, ese Freud tan loco, mira que pensar que las mujeres le tiene pavor a los ratones porque estos siempre andan buscando huecos en donde refugiarse”. “Y ese pintor que exhibe la obesidad del ser humano como si todos tuviéramos una obsesión por la gordura.

Finalmente el discurso pragmático se ha adueñado de nuestra cultura y se ha cobijado en una soberbia de tal magnitud que sólo se justifica a la luz de la ignorancia; ha desplazado cualquier preocupación no relacionada con el utilitarismo que se ha adueñado del mundo a través del dinero. Así, vivimos asediados por pandemias, virus, guerras, tanto espectaculares como silenciosas y con los males que la propia civilización ha acarreado al planeta. Sin embargo, también obsesionados por construir un capital para vivir mejor y ahí sembramos nuestra salud, felicidad y aun, nuestra vida, y a menudo la de quienes nos rodean: “trabaja, ahorra, acumula para que un día puedas vivir bien”. La pregunta es ¿Cuándo?

En estas condiciones, la especialización se ha convertido no sólo en una exigencia académica laboral y cultural, sino en un absoluto. Parcelar el conocimiento es significativamente una de las muchas formas de descuartizar al ser humano, colocarlo, apariencia, en una posición privilegiada y de élite que lo exima de cualquier preocupación ajena a su especialización. Ocuparlo a una sola tarea y quitarle la responsabilidad de otras que se encuentra ligadas a su condición, al mismo tiempo desafanándole de ellas con el argumento de que no son lo suyo. Él, se deja consentir por el sistema, ajeno a que esta situación lo margina, no sólo en lo que refiere al acceso a otros conocimientos, sino de otras personas. Esta especialización ha dañado tanto el conocimiento universal como a la injerencia que tiene el ser humano sobre él y sobre otros seres humanos. Y no sólo eso, nos ha alejado de preocupaciones existenciales que debieran ser inherentes al hombre. Pensar en la especialización es también pensar en el dinero y es, como consecuencia, soslayar u olvidar todo lo demás. Usted puede tener uno o dos doctorados en lo que sea, con especialidad en cualquier cosa, y esto puede exonerarlo de ignorar una regla de tres o distinguir un solsticio de un equinoccio e incluso, de saber qué día es hoy. Al parecer, los especialistas se encuentran tan

inmersos en su universo particular, que ignoran el mundo que les rodea. Esto es justificable a la luz de que sus tareas resultan productivas. Un ejemplo muy claro lo tenemos en nuestra Universidad Autónoma Chapingo en la que hay más de veinte especialidades en la expansión de la agronomía y en la que muchos de nuestros egresados ahora se han convertido en doctores. Algunos lo son en educación, elaboración de reactivos, perfiles psicosociales, administración de la UACH y otras tantas que no se me ocurren, pero que finalmente los llevan a una especialización, a mi parecer positiva e irrelevante, pero que cotiza bien en el mercado laboral.

Yo no soy, como lo he mencionado anteriormente, un especialista en filosofía, menos en Nietzsche y tampoco en psicoanálisis. Hace casi veinte años que me acerqué a la novela de Yalom, titulada *El día que Nietzsche lloró*, con el presentimiento de que algo grato iba a acarrear a mi vida. La leí con entusiasmo, pues desde la preparatoria me aficioné a la lectura del filósofo alemán: *Así hablaba Zaratustra*, *El ocaso de los ídolos*, *Ecce Homo*, *El anticristo*, *Más allá del bien y del mal*. Lo leía con el entusiasmo y la ingenuidad que me acercaron a Herman Hesse, Heinrich Boil Knut Hamsun, Jean Paul Sartre, Albert Camus y otros autores que eran exhibidos en librerías y que acompañaron mi adolescencia. Estoy hablando de la década de los sesenta del siglo pasado, la más maravillosa sin duda de la centuria. No lo sabía entonces, pero las ediciones que llegaban a nosotros eran las de editores piratas unidos; malas traducciones, nos advirtió posteriormente Jaime Labastida en su curso de *Introducción a la filosofía* en la UNAM, cuando nos puso a leer *El origen de la tragedia*. El mérito del maestro que entonces era marxista y aún no, director

de Siglo XXI, fue que a otros compañeros y a mí, nos mostró que Nietzsche tenía muchas lecturas. Nosotros apenas estábamos en la segunda. Finalmente debo decir que siempre me sentí atraído por el pensamiento niezscheano, me quedaba claro que mi comprensión acerca de su filosofía era bastante precaria. Casi puedo afirmar ahora, que uno de los atractivos principales era el hecho de que creía identificarme con su irreverencia y agresividad frente a valores que parecían inamovibles.

Es probable que por eso, el título del libro ejerció en mí cierta seducción. También debo aclarar que al final de la lectura mis objeciones respecto a la forma en que el autor maneja la trama, eran múltiples. De pronto me pareció un poco verosímil, sobre todo por la proclama de que todavía entonces al psicoanálisis no le habían regateado tanto su carácter científico. Así recordé las palabras del propio Nietzsche en "*El viajero y su sombra*":

Verosimilitud, pero no verdad, apariencia de libertad, pero no libertad: merced de estos dos frutos, el árbol de la ciencia no corre peligro de ser confundido con el árbol de la vida.

El pensamiento y la fuerza de voluntad del filósofo alemán me parecían demasiado fuertes para subordinarlos tranquilamente a un diván, aunque éste fuera el del Dr. Josef Breuer, considerado uno de los pioneros del psicoanálisis. Me quedé con la impresión de que la novela me debía algo. Luego tuve a bien ver la película que se hizo al respecto, y me pareció que la novela después de todo no estaba tan mal, pero merecía un mejor trabajo fílmico. Finalmente, la intención del Dr. Yalom estaba cifrada en la elaboración de un producto estético, tomando como pretexto un hipotético caso clínico, así que todas sus licencias

y estrujamientos de una realidad que pudo ser improbable, mas no imposible, merecían la indulgencia lectora. Paul Ricoeur ha afirmado en su libro *Tiempo y narración* que:

No hay duda que el sentido predominante de la mimesis es precisamente el fundado en su acercamiento al *mythos*: si seguimos traduciendo mimesis por imitación es necesario entender todo lo contrario del calco de una realidad preexistente y hablar de imitación creadora. Y si lo traducimos por representación, no se debe entender por esta palabra un redoblamiento presencial, como podría ocurrir con la mimesis platónica, sino el corte que abre el espacio de ficción. El creador de palabras no produce cosas, sino cuasi-cosas; inventa el como-sí. En este sentido el término aristotélico de mimesis es el emblema de esta desconexión, que, con palabras de hoy, instaura la literalidad de la obra literaria.

Luego entonces, debemos asumir que nos encontramos frente a una novela, y que si bien el autor echó mano de elementos reales en su construcción, también se apoyó en la heurística para reconstruir una serie de eventos, si no reales, que nos conducen a una realidad: siempre se nos dice la versión de cómo sucedieron las cosas, pero pocas veces se nos da una nota acerca de cómo pudieron suceder; lo improbable, pero no imposible que abona la configuración estética de toda novela.

Para fundamentar las ideas que circulan en este texto releí nuevamente a Irving Yalom. Incluso consulté con psicólogos y filósofos al respecto, en busca de sugerencias, consejos u orientación, pero me encontré con verdaderos muros que se negaban a hablar del tema, o, telares de seda que amablemente evadían esta conversación aduciendo que hacía mucho tiempo que habían leído la no-

vela o que no eran especialistas en el filósofo alemán. Pronto intuí que, o no conocían la novela (de lectura), sino que sabían de ella sólo por el título, o no les interesaba. Tuve que volver a una de las premisas planteadas al principio: Ni los filósofos, ni los psicólogos leen literatura, por lo menos los que yo conozco.

La novela

La anécdota primordial que justifica casi cuatrocientas páginas que el lector debe cabalgar para llegar a la conclusión de una terapia compartida, parece elemental, hasta cierto punto sencilla: 21 de octubre de 1882, el Dr. Josef Breuer se encuentra de vacaciones en Venecia cuando recibe la siguiente nota:

Dr. Breuer.

Quisiera verle por un asunto muy urgente. El futuro de la filosofía alemana depende de ello. Le espero mañana, a las nueve de la mañana en el café Sorrento.

Lou Salomé.

Lou Salomé, considerada superficialmente como la *feme fatal* rusa, acaba de concluir una relación más que amistosa con Federico Nietzsche y teme que el rompimiento detone el suicidio de éste. Luego entonces, acude a Breuer para que, con base en las terapias catárticas que éste había llevado a la práctica, sacara a Nietzsche del subsuelo de la depresión y de una futura autoinmolación. Breuer, médico judío vienés, prestigiado por sus descubrimientos, entre los cuales se encuentran *la función del oído en el equilibrio y el método catártico*, *Estudios sobre la histeria* o *Anna O.*, transita por una vida sólida y envidiable, llena de trabajo, dinero, comodidades y fama. Por eso se sorprende, sobre todo cuando la propuesta se cristaliza en poner en el diván a uno de los filósofos más controvertidos del momento, reconocido ya además como una persona tan soberbia

y refractaria a este tipo de prácticas. Si consultamos la biografía de Nietzsche, éste cuenta con treinta y ocho años, acaba de escribir *el Gay saber* y *Humano demasiado humano*; libros que edifican su animadversión a la filosofía y el pensamiento alemán. *Zarathustra*, que tiene otra historia, se encuentra aún en la incubadora. Su romance con la entonces pequeña rusa, quien apenas frisaba los veinte, y la negación de ésta, de compartir con él el lecho conyugal, al parecer lo han arrojado al precipicio. No se puede desembarazar de la migraña y vive una infortunada existencia llena de pesares y medicamentos. No obstante, su fuerza de carácter lo conserva y le da derecho a sustraerse de cualquier tratamiento psíquico o alienista.

La estrategia de Breuer, toda vez que acepta, seducido también por la encantadora Lou, se reduce a hacerle creer a Nietzsche que van a compartir una atención médica, lo convence para que pase una semana en la clínica Lauson y, en tanto él lo ayuda a combatir su migraña, éste le apoyará para que se quite la dependencia emocional que lo tiene atado a una de sus pacientes: Bertha Poppenheim. Escuchemos la conversación que tiene Breuer con el entonces joven Sigmund Freud:

—De modo que la atrapaste sugiriéndole que empezara por curar a la civilización occidental a partir de un espécimen individual, a saber, tú, ¿no es así?

—Así es Sig. ¡Pero primero él me atrapó a mí! O ese homúnculo que, según dices, está activo en cada uno de nosotros, me atrapó con su lastimera súplica de ayuda. Casi bastó para hacerme creer en tus ideas sobre la parte inconsciente de la mente. —Freud sonrió mientras tragaba el humo del cigarro.

—Y ahora que lo has atrapado, ¿cuál es el siguiente paso?

—Lo primero que tenemos que hacer,

Sig, es librarnos de la palabra “atrapar”. La idea de atrapar a Eckart Müller es incongruente: es como capturar un gorila de quinientos kilos con una red de mariposas.

Así, en una lucha de colosos en que ambos, engañados y acaso, autoengañados, se enfrentan en una batalla en la que se niegan a ceder a la sinceridad. Una lucha por lo demás, llena de subterfugios en que la desnudez de uno invita a la desnudez del otro. Nietzsche no cede y menos acepta que se está sometiendo a un tratamiento psiquiátrico, así que Breuer opta por compartirle algunas confidencias y, básicamente, sus problemas de dependencia de un medio que lo ha ahorcado sigilosamente: “Es altamente peligroso que todo vaya bien”, advierte Nietzsche. A cada muestra de debilidad del Dr. Breuer, las exigencias del filósofo son más determinantes, sobre todo en lo relacionado a que Breuer está viviendo una vida que no es la suya. Las premisas del ahora Dr. Nietzsche pronto se convierten en imperativos que arrastran a Breuer hasta el límite de renunciar a todos los perfiles que la sociedad y la cultura para ser un hombre nuevo para conseguir su libertad. simbólicamente: “Trata de ser quién eres”. Sigmund Freud, entonces estudiante de medicina, pero ya con algunos logros en patologías de la personalidad, y amigo de los Breuer, apoya en todo a quien considera su maestro; participa en el experimento terapéutico en el cual se hace referencia al presunto paciente (Nietzsche), con el nombre de Eckart Müller. Paradójicamente Nietzsche lleva a Breuer al principio de todo, y éste, desarmado debe aceptar que se encuentra enceldado en un mundo de valores que no eligió: “¿Qué fue del joven promesa?” le pregunta Nietzsche, pero, sobre todo, el discurso que le inyecta, primero animadversión y luego repulsión

respecto a ese mundo: su esposa, sus hijos, sus pacientes. Y en general, todo ese universo que constituye, hasta ese momento, la razón de su existencia. En mi percepción, una de las escenas más intensas y quizás la más patética de la novela, es cuando, después de una visita al cementerio, en que Nietzsche se entera de que la madre de Breuer también se llamó Bertha, y deduce que, a pesar de que falleció cuando el Dr. Tenía apenas cuatro años, le dejó una dolencia tatuada en el inconsciente, que bien justifica su apego a Bertha Poppenheim.

Breuer renuncia a todo y decide buscar en las grietas de su vida la reconciliación con la que piensa que es su verdadera persona: libera a las palomas que utilizaba en sus experimentos, abandona a su familia con el pretexto de que va a buscar su verdadera vida y huye de Viena, pero se dirige al hospital en donde Bertha aún es atendida, solo para sufrir la decepción de que ella ya depende y ejerce dependencia de otro médico más joven:

La pareja llegó al final del sendero, dio media vuelta y empezó a caminar en dirección hacia él. Bertha se llevó la mano a la mejilla. Breuer alcanzó a ver que estaba sufriendo mucho. Este padecimiento facial, el tic *douloureux*, ocurría cada día y era tan fuerte que sólo se aliviaba con morfina. Bertha se detuvo. Breuer sabía perfectamente lo que ocurriría a continuación. Era algo extraño. Una vez más se sintió como en un teatro: él era el director, o el apuntador que indicaba a los actores cuál era la línea siguiente. "Ponle las manos en la cara, las palmas sobre las mejillas, los pulgares sobre el puente de la nariz. Así es, ahora aprieta un poco y acaríciala las cejas, una y otra vez. ¡Muy bien!" Pudo ver que a Bertha se le relajaba la cara. Bertha se irguió, cogió a Durkin por las muñecas y se llevó las manos del médico a los

labios. En ese instante Breuer sí sintió una puñalada. Ella le había besado las manos de esa manera sólo en una ocasión: había sido el momento de mayor contacto entre los dos. Entonces ella se acercó más a donde él estaba y Breuer pudo oír lo que decía a Durkin: "Papaíto, mi querido papaíto". Breuer sintió una punzada: así acostumbraba a llamarlo a él.

Luego visita a Eva Berger, su antigua enfermera y confidente a quien había despedido por exigencias de Mathilde, la esposa de Breuer, se lleva la segunda decepción al ver que ella vive una vida propia y casi lo ha echado al olvido; no entiende cómo aquella dócil y fiel enfermera quien un día le prometiera que haría cualquier cosa por ayudarlo, hoy haya olvidado aquella conversación. Viaja a Venecia, en donde se inició todo y se ve frente a los jóvenes sólo para adquirir la certeza de que su único enemigo es el tiempo. A los cuarenta años se ve decadente e inútil, impedido para iniciar otra vez la aventura de vivir y ahora con el riesgo de repetir la misma historia. En este segmento podemos observar que uno de los factores que había pasado desapercibido Breuer, es el tiempo, ese "enemigo que nos mata huyendo" a decir de Quevedo. Así, cuando contemplamos a Breuer en la narración, a la orilla del precipicio, la historia da un giro de ciento ochenta grados y nos ubica frente al joven Freud, quien chasquea los dedos y lo despierta. Había sido sometido a la hipnosis para que se le revelara su verdadera realidad. Naturalmente, para el médico vienés es como si hubiera renacido en unos escombros que él mismo había edificado. Recupera su persona, el valor que tiene su vida y el amor que siente por su esposa y su familia.

Vuelve con Nietzsche al cual le manifiesta que gracias a él se haya curado

y, a través de una serie de coacciones, el filósofo bañado en ese entusiasmo que sólo llega cuando se comparte la intimidad, termina confesándole que sus casos son semejantes, pues la dependencia que tenía Breuer de Bertha, es la misma que lo ha dominado, con respecto a Lou Salomé. Después de superar la indignación por una supuesta traición, el filósofo alemán descongeló su corazón en el momento en que Breuer lo nombraba “amigo mío”. La catarsis de Nietzsche termina en el llanto y la confesión del despojo que había sentido cuando Lou lo rechazó. Todo esto, sin descontar que Breuer vuelve a la confesión de que ya conocía esta situación por boca de la propia rusa. Nietzsche al principio se siente traicionado pero acepta este reencuentro con la convicción de que son almas gemelas en un desencuentro supuestamente amoroso.

Bueno, aunque la trama parezca sencilla, en realidad los bastidores en que se sostiene la novela radican en el discurso, aunque nos se deben desestimar las acciones. Los diálogos entre Nietzsche y Breuer son impecables y se encuentran más ligados a expresiones clínicas y filosóficas que al tratamiento entre paciente y enfermo. Todo el tiempo se hace alusión al pensamiento nietzscheano como una lucubración que cobra vida en el texto y apunta al conocimiento de su filosofía; se puede afirmar, no sin riesgo, que el lector se va a ver seducido por un discurso elegante, profundo y significativo:

—Yo no puedo curar la desesperación, Dr. Breuer. La estudio. La desesperación es el precio que encontrará en la desesperación.

—Eso Yo no lo sé, profesor Nietzsche, y no espero curación, sólo alivio. Quiero que me aconseje que uno paga cuando toma conciencia de las cosas. Si dirige una mirada profunda a la vida, siempre. Quiero que me enseñe a tolerar una vida de desesperación.

—Pero yo no sé hacerlo, y no tengo consejos para los individuos. Escribo para la raza humana, para la humanidad.

No son pocos los elementos discursivos que el novelista arrancó, copió y parafraseó, tanto del pensamiento de Nietzsche como de las teorías de Breuer e incluso de la visión psicoanalítica de Freud. Además del mérito de haber estudiado a fondo a estos pensadores, debemos reconocer el quehacer literario y el oficio del autor, al incorporar de manera natural y espontánea toda esta cascada de conceptos a la ficción novelística, contribuyendo así a que el lector quede anclado en el drama personal de los protagonistas, pero también se adhiera a los conocimientos clínicos y filosóficos. Así, la unidad de tensión que sugería Poe en el manejo del cuento, se hace extensiva a la novela, pues aunque no se pueda leer de una sola sentada, deja

en el lector la impaciencia cortazariana por desprenderse de las actividades que lo agobian, para sumergirse totalmente en ella. Es probable que algunos llamamientos de la trama no correspondan estrictamente a la realidad, o que nos parezcan inverosímiles, por ejemplo, si bien es cierto que los freudianos y el propio Breuer, que no lo era, simpatizaban con el mesmerismo, Nietzsche consideraba a su autor como un charlatán, pero asimismo no olvidemos que pocos años después del rompimiento con Shopenhauer y con Wagner — que fueron sus ídolos —, el filósofo alemán descreyó casi de todo. Si leemos cuidadosamente *Ecce homo*, que es, con autoridad, una autobiografía de Nietzsche, y también su último libro, publicado en 1884, veremos que hay en él más que un escepticismo, un desengaño casi total, principalmente a todo lo relacionado con el pensamiento germano. En este libro él se abraza más al pensamiento y a los escritores franceses con los cuales si reconoce una deuda frecuente: Mollire, Corneille, Racine, Pierre Loti, Anatole France, Maupassant y sobre todo Stendhal.

El manejo de los personajes

Si bien este conocimiento es fundamental en el desarrollo de la novela, otro punto de apoyo importante se mueve en torno a la dinámica exterior e interior de los personajes; sus conversaciones epistolares, el diálogo, directo y a distancia en el que los protagonistas intensifican la trama. Sin descontar, como lo afirma Yalom, que algunas situaciones las tuvo que inventar, puesto que muchas de ellas no fueron posibles en la vena de la realidad; por ejemplo, las cartas entre Lou y Nietzsche, desaparecieron, incluso sospecha afirmativamente que pudieron ser destruidas por la hermana del filósofo, Elizabeth, quien, como es de dominio público,

practicó una animadversión apasionada por la rusa, misma que llegó hasta la muerte de la ya entonces primera mujer que practicó el psicoanálisis, acaecida en 1937.

La voluntad de juntar a los personajes y las estrategias que utilizó el escritor para darles verosimilitud y ubicarlos en una serie de situaciones posibles, se encuentra amalgamada por otra parte, a la forma en que enlazó los hechos reales con la ficción y que contribuyó a una arquitectura de la novela más potable. Por ejemplo, puedo afirmar que Breuer y Nietzsche, no se conocieron y también, que en la época a la que alude la novela no existía el psicoanálisis, sería ilusorio pensar o afirmar que la psicoterapia como embrión de éste haya nacido del encuentro entre los dos genios. O pensar a una Lou Salomé, como lo afirma el propio Yalom, en sus notas a la novela, afligida y golpeada por un sentimiento de culpa por el presunto daño que había infringido a Nietzsche. Lou, en la vida real vivió siempre con la idea de que los hombres que se le acercaban mucho eran infelices, pero productivos. Quizás de ahí debamos justificar la metáfora de que su relación con el filósofo nihilista haya engendrado el *Zaratustra*. En una sociedad tan escéptica al feminismo ella había publicado su primer libro, *En la lucha por Dios*, con el seudónimo de un hombre: Henri Lou.

Estas y muchas otras controversias, lejos de alimentar una desconfianza en la novela, la reafirman en su creatividad, sobre todo, en la tarea de la ficción que se funde en hechos que quizás no fueron posibles, pero que esto no les quita su carácter de probables. Que Nietzsche abominara a la escritora rusa luego del rompimiento, cuando, después de haber vivido un desconcertante pero efusivo *three mamage*, ella se negó

a aceptarlo como esposo, es claro, como lo es el rencor que el filósofo acuñó en contra de ella y que no desaprovechó la oportunidad de hacerlo extensivo hacia todas las mujeres, pues sabemos que sus tendencias superlativas siempre buscaban el todo en las partes. Alguna vez escribió acerca de Lou:

Por la fuerza de su voluntad y su inteligencia absolutamente original, estaba predestinada para algo grande; por su moralidad, la cárcel o el asilo podrían ser más adecuados.

Resulta curioso y nada halagador que el mismo Nietzsche que en el apartado "Aurora" de su *Ecce homo*, arremetiera de manera despiadada en contra de la moral, porque para él ésta constituye la renuncia de todo lo instintivo que hay en el ser humano y por supuesto el acomodamiento o la comodidad que reditúa la obediencia a dictámenes y valores que él considera absurdos:

La pérdida del equilibrio, la resistencia contra los instintos naturales, el desinterés, en una palabra, es lo que se ha llamado moral hasta hoy. Con "Aurora" emprendo por primera vez la lucha contra la moral del autorrenunciamento.

Luego entonces, me pregunto cómo se puede justificar que Nietzsche tuviera ahora tanto resentimiento hacia una mujer de la cual apenas unos meses antes estaba enamorado como se puede ver en la carta que la propia Lou le muestra a Breuer escrita por él en la que afirma que: "Una perspectiva dorada en el horizonte de toda mi vida futura. Me emociono sólo de pensar en el alma osada y plena de mi querida Lou". No obstante, toda vez que concluyó la relación, le recrimina hasta el cansancio su actitud. Por qué atacar a una mujer que siguió sus propios instintos, mismos que el propio Nietzsche hubiera aplaudido si fueran prohijados por una conducta masculina. Lou es una mujer que

sistemáticamente se negó a la vida marital porque tenía la certeza de que, al involucrarse en ella, automáticamente perdería su libertad. Sólo aceptó, el matrimonio con el Sr. Friedrich Carl Andreas, bajo una coacción espectacular, y con la condición de que jamás éste la tocara. Posteriormente vivió un tórrido, pero feliz romance con el entonces joven poeta René María Rilke, al que ella bautizó con el nombre de Rainer. En síntesis, puedo afirmar que la personalidad y la persona de Lou quedan muy cortas en la novela, aunque, en respaldo del suceso histórico que relata el texto, la trascendencia de esta escritora, a los veintiún años, estaba en ciernes. Considero definitivamente que este personaje visto como un agente ocasional que detona el drama, merece una atención mayor, tanto en la ficción narrativa como en la vida real. De acuerdo a la ficción, ella embaraza a Nietzsche del *Zaratustra*; de acuerdo a la realidad histórica, ella se consideraba una mujer que decepcionaba a los hombres con los que había tenido una relación intensa.

Por otra parte, las personalidades de las otras mujeres importantes que aparecen en la novela: Bertha Poppenheim cuya dependencia de Breuer le genera a éste una aflicción culposa hacia ella y por consiguiente, una dependencia emocional, al grado de que llega a pensar que ahí está el blanco de una nueva vida. En la realidad del sueño, ante la ausencia de Breuer la enferma se ha cobijado en otro doctor y sigue los impulsos inherentes a su personalidad de patología dependiente.

Mathilde, la esposa de B. exhibe una personalidad plana, más relacionada con el tipo de mujer que representa y sólo aparecen sus manifestaciones de protesta cuando ve que agentes extraños amenazan su familia. Ciertamente es una mujer singular, pero en nada violenta el gremio femenino de su clase.

La misma Eva, empleada despedida de Breuer, proyecta la incorporación del naciente sexo femenino que se abre paso en la sociedad con base en su participación laboral. Aunque sentimentalmente es una posibilidad para Breuer, antes de la crisis había quedado en el olvido.

En conclusión, es esta una novela que debe leerse, tanto por los expertos en Nietzsche, que bien pueden terminar decepcionados, lo mismo sucederá con aquellos freudianos que buscan revitalizar las teorías del padre del psicoanálisis, pero si usted sólo es un lector interesado en la novela, emprenda la aventura. Sin miedo.

Referencias

- Jones Ernest. (1981). *Vida y obra de Sigmund Freud*. Barcelona, edit. Anagrama, Co.
- Luckács George (1973). *Sociología de la literatura*. Barcelona, ediciones Península.
- Nietzsche, Federico (2003). *Obras inmortales*. Barcelona, edicomunicación.
- Ricoeur Paul. *Tiempo y narración, -Configuración del tiempo en el relato histórico*. Madrid, Siglo XXI,
- Yalom Irvin. (1995). *El día que Nietzsche lloró*, EMECÉ Grandes novelistas.

PROYECTO SAPERE AUDE CIENCIA